

Esto lo probará: tuve la flema,  
Sin que nada mi espíritu desarme,  
De ir escribiendo á ratos un poema.

Nadie lo lleve á mal, nadie se alarme:  
Que hay aun aquí malicia no es dudoso:  
Yo aspiro en estos versos á plantarme  
De candidato á rey . . . . . en el Toboso.

II

DE ARTES Y ARTISTAS.

HOMERO RÚSTICO.

En el ardor de veraniego día,  
De un árbol á la sombra en medio al campo,  
Sin otra compañía  
Que el can exiguo —su familia sola—  
Al triste són de rústica bandola,  
Cuando la marcha afloja el tren que pasa,  
Rica en ritmo y dulzor si en arte escasa  
Y en musical aliño,  
Á la dormida caridad cual ruego,  
Cántiga ensaya que aprendió de niño  
El antiguo pastor baldado y ciego.

Aquel agreste canto, que interrumpe  
Silencio grave en soledad tranquila,  
Con la aridez del ámbito se hermana  
Y la miseria del cantor. La humana  
Nota vibra en el alma del viandante,  
Súbite le humedece la pupila.  
¿Qué más logra arrogante  
Aplaudido tenor, alto poeta?

¡Oh Ciego campesino,  
En quien mató en agraz ciego el destino  
La pujanza y la gloria del atleta!  
¡Miserio pordiosero,  
De estas comarcas rústicas Homero!

III

DE HISTORIA NATURAL.

EL RUISEÑOR.

Ponen la cana pluma, el lacio cuello,  
Los tristes ojos y la voz cascada,  
Tras una y otra noche y alborada,  
De la vejez al rui señor el sello.

Él bien lo sabe, y se consuela de ello  
Con pensar que la gente que admirada  
Su canto ha oído al pie de la enramada,  
Nunca jamás oyó canto más bello.

¡Oh flaqueza de bípedo! ¡Oh calmante  
Dulce, que en las orillas de la muerte  
Su vanidad propínale triunfante!

Quien así despreció mirlos y tordos,  
En justa pena esta verdad no advierte:  
Los que juzgaba oyentes eran sordos.

EL PERRO.

Rico mármol de Italia, que ha tallado  
Diestra prolija aunque atrevida y recia,  
Muestra en forma arrogante el fiel traslado  
De Glicera gentil, gloria de Grecia:

Y á sus pies el que aprecia  
Fiel y ya viejo can, de quien es ama,  
Y en quien de la codicia hay claro asomo  
De que aquella á quien diosa el mundo aclama  
Con dulce mano le acaricie el lomo.

De tu vida en el cielo, nunca triste  
Con nube ó sombra incierta; de altos dones  
Desde la cuna coronada, viste  
Presos en tu beldad los corazones.

Mas con razón hoy pones  
Tierna mirada, en que el afecto brilla,  
En el sumiso can echado á verte,  
Pues te jura en su lágrima sencilla  
Fidelidad y amor hasta la muerte.

LA GOLONDRINA.

Rudo invierno ya impera. Ni en el cielo  
Hay sol ni luz, ni en este hogar hay lumbre,  
Que la apagó la escarcha. Emprende el vuelo,  
Amable golondrina,  
Huésped de mi cabaña, al paraíso  
Donde la luz te alumbre  
Que de sus negros ojos en la noche  
Como luna de Enero enciende Amina.  
Y si en su inmaculado seno vives,  
Y el calor que mi pecho en vano quiso  
Á tu plumaje dar, de ella recibes,  
Cántale en blandas quejas,  
De órgano flébil nota en su santuario,  
Los votos y la fe del solitario  
Á quien más solitario al irte, dejas.

IV

QUEJAS Y OSADIAS DE LOS DISCIPULOS  
DE PLATON.

I

Sé de una mariposa,  
De su huerto al encanto ciega y fría,  
Que en ansia silenciosa,  
De su existencia al declinar el día,  
Enamoróse de lejana estrella,  
Por imposible nó, sino por bella.

No quemará sus alas  
Del astro excelso en la anhelada lumbre  
Que tan hermosa y tan de lejos arde;  
Y aunque apenas levántase del suelo  
Y lo sabe muy bien, tarde con tarde  
Hacia el astro gentil dirige el vuelo;  
Y su imposible amor no la acobarda,  
Y al mundo oculta guarda  
La aspiración del desterrado, al cielo.

II

Cayó de tu mano,  
Cual los musgos y flores de Ofelia,  
Purpúrea camelia,  
Y, cayendo, tus plantas besó.  
Humilde aunque ufano,  
La recojo del haz de tu alfombra:  
Dichoso y cobarde,  
Una hojilla le arranco en la sombra:  
En mi pecho, á partir de esa tarde,  
La hojilla quedó.

Es solo bien tuyo  
Material que mi ser acompaña.  
Si el tiempo la baña  
Á su paso en fatal palidez,  
Aroma no suyo,  
El que á un hada benéfica roba—  
Su rojo aunque pierda—  
Difunde en mi alcoba,  
Y el carmín de tus labios me acuerda,  
Y el marfil de tu pálida tez.

Ignoras aquesto,  
Y mi canto no llega á tu oído:  
De un ave en su nido  
Solitario la queja será.  
De oirme ¡cuán presto  
El encanto rompieras oculto  
Que sólo me anima!  
Y faltara deidad á mi culto:  
Me hundiera en la sima  
Que á mis plantas abriéndose está!

Yo busco el desierto  
Y en su espacio, reinando la sombra,  
Mi labio te nombra  
Y el alma te ve.  
Al mundo estoy muerto  
En región misteriosa cautivo:  
Si el Héspero brilla  
Con tu imagen seráfica vivo.  
¿Clama el viento del lago en la orilla?  
Si es su voz ó la tuya no sé.

Alcé mi cabaña  
De una erguida palmera no lejos.  
Su paz y consejos  
La noche me dió.

Burlando la saña  
Del invierno, fugaz golondrina  
Penetra en mi asilo,  
Con voz argentina,  
Junto al lecho en que duermo tranquilo,  
Cantando: "Soy yo."

Recuerdo, y te busco  
Cuando ya en el Oriente la aurora  
Las nubes colora  
Con rico matiz.  
Y en la niebla que aprisa va huyendo  
Al pie del Ajusco,  
Tu forma estoy viendo:  
Y me trae en sus ondas el aura  
Tu voz dulce: "En el mundo soy LAURA;  
En las cumbres eternas BEATRIZ."

III

En tu jardín ameno me enseñabas  
Laurel glorioso, y al decirme: "Es tuyo;  
Grato ha de ser llevarle," yo te dije  
Trémulo y con acento casi mudo:  
"No me hiciera feliz sino la mano  
Que á mi sien le cifiera." En aquel punto  
Al cielo tú los ojos levantaste,  
Y yo en tierra los puse, y el convulso  
Corazón por lo bajo me decía:  
"No te le ceñirá. ¡Tu dicha es humol!"

IV

En bosque umbrío, al espirar la tarde,  
Casi á la falda del volcán, no lejos  
Del manantial y la cascada, al brillo  
Que yendo tras el sol irradiaba Venus,

Tu imagen evoqué, y á visitarme  
Vino, alegrando sombras y desierto.  
¡Ah! Bien lo mereció quien ha vivido  
Lejos del mundo amándote en silencio.

Aun conserva mi diestra temblorosa  
Dulce el calor de tu presión: mi seno  
Apresurado late recordando  
De tus ojos de mártir, luz y fuego.

Hoy te evoco del mundo entre las olas  
Con que luchando voy, náufrago, enfermo,  
Y vienes hacia mí pálida y fría,  
Y es tu regío ademán triste y severo.

Y se llenan de lágrimas mis ojos,  
Y en los tuyos, al fin, lágrimas veo.  
¿Es amor? ¿Es piedad lo que me otorgas?  
¿Amor al vivo? ¿Compasión al muerto?

Se alza tu blanca diestra; adiós me dice;  
Y te apartas de mí, lejos, ¡cuán lejos!  
Y cuando así te vas, quédanme sólo,  
Para pensar en tí, noche y desierto.

V

DE REGRESO EN LA MANCHA.

Sin árboles ni fuentes la llanura,  
No el caserío el corazón ensancha  
Por lo triste: la noche se apresura,  
Y de regreso estamos en la Mancha.

Aquí de noble vida el plan trazamos,  
Derretido el cerebro en larga vela:

De recio tallo y de cartón forjamos  
Lanza descomunal, yelmo y rodela.

Ya está cumplida la misión precisa,  
De tesón y valor no sin excesos:  
Hiela el laurel de gloria humana risa,  
Crujen descoyuntados ¡ay! los huesos.

Ya el bravo caballero, rico en dones,  
Entrega al ocio y al orín la espada:  
El que hizo frente á endriagos y leones  
Ya es sólo el buen Alonso de Quijada.

De duques, reinas, magos, el confuso  
Cercos de lo real en los linderos  
Se borra: en torno ve gentes al uso:  
Curas, amas, sobrinas y barberos.

De su tristeza en vano condolidos,  
En él quisieran despertar de antaño  
Ilusiones dichosas, que en los nidos  
De otro tiempo no hay pájaros hogaño.

Las vírgenes por bellas infelices,  
Que pidiéronle, en músicas y señas,  
Favor ó amor ¿qué fueron? Fregatrices  
Y quintañonas ó barbadas dueñas.

Á su ánimo contrarios sus destinos,  
Y para hacerle estéril, en su daño  
Convierten los gigantes en molinos,  
Cada embestido ejército en rebaño.

Sin respeto ó piedad la razón fría  
Á generoso afán, armas y motes,  
El conquistado yelmo fué bacía,  
Los redimidos siervos galeotes.

Su dicha misma, el germen poderoso  
De su valor, en cuyo amor se emplea;  
Esa flor de los valles del Toboso....  
¿Quién nos dará razón de Dulcinea?

Bien haces, buen Alonso, ya deshecho  
De tu ilusión el lampo y muerto el brío,  
De arroparte en las mantas de tu lecho  
Cuando llega la noche y sientes frío.

Entre hielos y sombras aún más claro  
Brillo la vespertina estrella vierte:  
Danos calor amigo y luz el faro  
De la esperanza mística en la muerte.

Pues que ya, triste, el corazón no late,  
¿Qué más da, si la gloria es sólo un sueño,  
Que el corcel en que fuimos al combate  
Haya sido Pegaso ó Clavileño?

Ni de aplauso ni sátiras se cura  
El viejo paladín de fuerzas falto,  
Que lidió, si con visos de locura,  
Ojos y corazón puestos en alto.

Y de la edad y la fatiga al peso,  
Piensa tal vez: "Si en negro surco abrigo  
Me vas á dar ¡oh Mancha! mi regreso  
Á tus llanuras áridas bendigo."

1890.

---

## ÚLTIMOS VERSOS.